

«un nuevo monstruo ideológico»

«Al verse privados del enemigo comunista, sobre los regímenes democráticos se cierne el peligro de una consunción lenta»

que propaga la manipulación habitual, es decir, una oscura ciudad de los Balcanes, una tribu alejada en los confines de Europa, qué digo, ni siquiera en Europa porque los exquisitos dicen que Europa acaba en el Danubio. Y caí en algo como Grenoble, una ciudad que organizó los Juegos Olímpicos, desarrollada, que tuvo una burguesía floreciente, que tuvo y tiene intelectuales de gran calidad y, hoy en día, excelentes periódicos; una ciudad de tolerancia, de diálogo, cosmopolita. No una esquina de Europa sino una ciudad europea por excelencia.

-¿Y ahora?

-Ahora es una ciudad devastada y al borde del aniquilamiento.

-La ONU acaba de formar una comisión de investigación de los desmanes allí cometidos. ¿Es usted partidario de un Nuremberg yugoslavo?

-Sí, pero con una condición: que no se confunda a los verdugos con las víctimas, que se distinga bien entre agresores y agredidos, que se identifique a los canallas.

-¿Quiénes son los culpables?

-Los serbios, naturalmente. En el caso de Bosnia-Herzegovina está claro. De un lado están los que defienden un modelo de civilización basado en la tolerancia y en el respeto a las diferentes culturas, y eso es lo que representa Sarajevo. Y del otro, los maniacos de la purificación étnica, los serbios. Es decir, los asesinos.

-¿Y en el conflicto serbo-croata?

-Ahí la complejidad es mayor. Es mayor

porque en el campo croata esta visión deforme de purificación étnica no está tampoco totalmente ausente; ni mucho menos. Además, como usted sabe, si es verdad que los serbios han tomado las dos terceras partes de Bosnia-Herzegovina; también lo es que el tercio restante, la parte oeste, está ocupado por las milicias croatas.

En busca del chivo expiatorio

-Asistimos a una nueva llamarada de racismo en toda Europa, del este y del oeste. ¿Cómo resignarse a este tremendo cuento de nunca acabar?

-Sí. Es un eterno volver a empezar. Y ya dura. Desde el principio de la Humanidad, desde que el mundo es mundo. Se busca al chivo expiatorio, se denuncia un enemigo exterior o se anatema un enemigo interior para expulsarlo. Obsesiones de pureza... ¿Pues qué es el totalitarismo si no una voluntad de pureza a cualquier precio, una falsa ilusión en pos de una sociedad limpia, de la que se eliminan los cuerpos extraños? Cuando no los hay, se crean artificialmente, se fabrican.

-Describe usted una maquinaria fatal.

-Esta vieja lógica de la víctima propiciatoria siempre está vigente y se acentuará más y más a medida que crezca la inquietud.

-Y por otro lado, nos hallamos ante una exacerbación de los nacionalismos.

-Yo estoy muy en contra de los nacionalismos. Algunos intelectuales dicen que hay que



pasar por la etapa de la nación para llegar a la plena democracia, que la nación es el marco necesario para el ejercicio de la democracia. Yo creo que no. Me parece estar oyendo a los marxistas de los años sesenta, cuando aseguraban que para llegar al socialismo hay que pasar primero por el estadio nacional. Es el mismo esquema.

-¿Hay demasiado ardor nacionalista?

-Todo lo que tienda a enfríarlo es bueno. Todo lo que tienda a descebar la pasión nacionalista debe ser bien recibido.

-¿Qué piensa usted de nacionalismos nacientes como el corso, el vasco y el catalán?

-Lo mismo, lo mismo. Pienso que son ideologías cuya matriz es totalitaria por definición. Desde el momento en que surge la idea de que la buena sociedad es una sociedad limpia, expurgada de elementos extraños, cae usted en el totalitarismo.

Ramón Luis ACUÑA

Sartre, el arte de confundirse

Con la sociedad francesa no tiene compasión alguna Bernard-Henri Lévy. La zarandea a menudo. Arremete ahora contra la obsesión alemana que la agarrota. «Es increíble, el referéndum no consistió, en modo alguno en decir "sí" o "no" a Maastricht, sino en cómo manliar mejor a Alemania con la respuesta, cómo disminuir su poder», señala certeramente. Condena sin ambages esta germanofobia, que considera a la vez fundada e infundada. Incoherente, porque no se puede culpabilizar a los hijos de los crímenes de los padres, pero también lógica porque existe en la historia una suerte de «maldición alemana», una mala inclinación contra la que permanecen alerta los más preciares alemanes hoy.

-¿Qué juicio le merece hoy en día Marcuse, uno de los intelectuales guía de Mayo de 1968?

-Está olvidado, y bien olvidado a mi juicio. Nunca fue importante.

-¿Fue sólo un símbolo?

-Sí. Pero yo nunca creí en él, ni siquiera en aquel entonces.

-¿Llegó a vislumbrar algo de lo que está pasando?

-No tengo la menor idea, pero no lo creo en absoluto.

-¿Cuál es el papel de los intelectuales hoy en día?

-El modelo tradicional del intelectual se extingue, está acabándose. Me refiero al modelo del intelectual profético cuya caricatura fue Sartre, el Sartre que arengaba a los obreros de la fábrica Renault subido a un tonel.

-¿Cómo ve a Sartre, primero existencialista y luego marxista, desde la perspectiva actual?

-Mi mirada es nostálgica y melancólica a la vez. Y digamos que es una mirada que está de luto. Lo estamos enterrando como pensador. ¿Es eso bueno, malo? ¿Es una buena noticia, es una lástima? No sé muy bien.

-¿Se confundió Sartre, en su opinión?

-Casi totalmente. Pero también mostró una voluntad de intervenir en los asuntos del siglo, de hacer suyos los problemas de su tiempo que provoca respeto.

-¿Podría decirse que se confundió a la vez abundante y brillantemente?

-Eso es, se confundió brillantemente.

-Es un personaje de la obra de teatro político que estrena usted en noviembre, ¿no?

-Hay en ella un diálogo entre Sartre y Raymond Aron, el pensador liberal, a la salida del Palacio del Elíseo después de ir a pe-

dir al Presidente Giscard d'Estaing que hiciera algo en favor de los fugitivos llamados «boat people». Fue en 1979, su último encuentro.

-¿Cómo imagina usted esta entrevista?

-Son dos viejos achacosos, cansados, un poco ridículos, enfermos, que hablan de sus enfermedades, que hablan de sus miserias por la calle del Faubourg St Honoré.

-¿Qué dicen?

-La conversación es algo parecido a esto:

Aron: Si supieras cuánto me dolió siempre la frase «prefiero confundirme con Sartre a tener razón con Aron».

Sartre («Snob», distante): Ya, pero que quieres, así es.

Aron: Te voy a hacer una confesión. Nunca se lo dije a nadie, pero, a veces, ¡me hubiera gustado tanto confundirme un poco contigo!

Sartre: ¡Ah no! Las cosas no suceden así. No puede uno confundirse sólo un poco. Se confunde uno totalmente, o nada de nada. Confundirse es todo un arte. Un arte, querido Aron, que tú no has entendido nunca.

Y así es: un «arte total» que Jean Paul Sartre practicó con excepcional brío.